

Del género a los bio/cis/trans/tecno/post-géneros: el paradójico destino de una extrapolación sociologista

María José Binetti¹

Recibido: Marzo 2020 / Revisado: Noviembre 2020 / Aceptado: Diciembre 2020

Resumen. Introducción. El “género” ingresó a la academia feminista estadounidense en el marco de las ciencias sociales con el objetivo de visibilizar y erradicar las relaciones de poder jerárquicas y opresivas entre los sexos. Su ingreso estableció una suerte de dualismo metodológico primero y sociologista después, que determinó al sexo como sustrato natural mudo, pasivo e indeterminado, dispuesto a ser informado por las inscripciones socio-discursivas que construyen extrínsecamente los significantes y significados culturales de género. Sin embargo, lejos de lograr la abolición del género como sistema de opresión, los géneros proliferan hoy en la academia posfeminista como categorías de la imaginación y el deseo individual. **Objetivos.** Nos proponemos explicar las razones filosóficas y en rigor ontológicas por las cuales la categoría de género, incorporada con el fin de eliminar los estereotipos culturales que subordinan y discriminan a las mujeres, terminó por eliminar la realidad de las mujeres y reificar los estereotipos sexistas, que hoy retornan en calidad de géneros individualmente *performados*. **Metodología.** Realizaremos un análisis conceptual crítico del constructivismo *socio-lingüístico* a partir de algunos principios neo-realistas y materiales. **Resultados.** El dualismo naturaleza-cultura, de suyo inestable, fue pronto reducido a un monismo *lingüístico* y desplazado por su propio peso nominalista hacia un subjetivismo de corte psicológico. La filosofía y praxis política del feminismo es inviable en el marco del relativismo cultural y el *lingüístico* posmoderno. **Conclusiones y discusión.** El giro especulativo del siglo XXI y el retorno de la ontología nos invitan a repensar un nuevo realismo feminista de la diferencia sexual como paradigma superador.

Palabras clave: constructivismo; teoría queer; posmodernidad; nuevos realismos; diferencia sexual.

[en] From gender to bio/cis/trans/techno-Genders: the paradoxical destiny of a sociologist extrapolation

Abstract. Introduction. ‘Gender’ was incorporated into the American feminist academy within the framework of the social sciences, and with the purpose of making visible and eradicating the hierarchical and oppressive power relations between the sexes. Such incorporation settled down a sort of methodological dualism first, and sociologist dualism later, which determined sex as a mute, passive and indeterminate natural substrate, available to be informed by the socio-discursive inscriptions of gender, that extrinsically construct cultural signifiers and signified. However, far from achieving the abolition of gender as a system of oppression, genders proliferate today in the post-feminist academia as categories of individual imagination and desire. **Objectives.** The article aims to explain the philosophical and strictly ontological reasons why the gender category, incorporated in order to eliminate cultural stereotypes that subordinate and discriminate against women, turned out to eliminate the reality of women and reify sexist stereotypes, that now return as genders individually performed. **Methodology.** We will carry out a critical conceptual analysis of socio-linguistic constructivism based on some neo-realist and material principles. **Results.** The nature-culture dualism, itself unstable, was soon reduced to a linguistic monism and shifted by its own nominalist weight towards a subjectivism of a psychological nature. Feminist philosophy and political praxis are untenable within the framework of cultural relativism and postmodern linguisticism. **Conclusions and discussion.** The speculative turn of the 21st century along with the return of ontology invites us to reconsider a new feminist realism of sexual difference as an overcoming paradigm.

Keywords: constructivism; queer theory; postmodernity; new realisms; sexual difference.

Sumario. 1. Introducción. 2. Del dualismo sexo-género al monismo lingüístico de los géneros. 3. La expansión tecno/fármaco/porno-genérica. 4. Otra narrativa –realista– es posible. 5. Sexo y género siempre fueron diferencia sexual. 6. Para concluir. Referencias Bibliográficas.

Cómo citar: Binetti, M. J. (2021). Del género a los bio/cis/trans/tecno/post-géneros: el paradójico destino de una extrapolación sociologista, en *Revista de Investigaciones Feministas* 12(1), 191-201.

¹ CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas), Argentina / Instituto de Investigaciones de Estudios de Género, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Argentina.
mjbinetti@gmail.com

1. Introducción

El “género” fue introducido en la academia feminista estadounidense entre las décadas del 70 y 80 como categoría analítica de las ciencias sociales a fin de facilitar la comprensión, en tiempo y espacio concretos, de las relaciones jerárquicas y opresivas entre los sexos. Su introducción tuvo como objetivo desnaturalizar las construcciones históricas y contingentes del patriarcado como sistema cultural, deconstruir su supuesta necesidad universal y erradicar las desigualdades estructurales entre los sexos. Sin pretender negar la utilidad epistémica del género como instrumento de análisis de las disciplinas sociales, lo cierto es que su aplicabilidad excedió pronto esos límites para consolidarse gradualmente como categoría autónoma, última explicación ella misma de los sexos, la naturaleza y la realidad en su conjunto. Tal viraje responde a la consolidación de un paradigma sociologista, consistente con la eliminación de la filosofía y en rigor de la ontología realista como supuesto del pensamiento feminista, y su sustitución por un socio-lingüisticismo erigido en la última razón –discursiva– de todas las cosas.

Paradójicamente, dicha interpretación nos devuelve hoy al género fragmentado y diseminado en incontables bio/cis/trans/tecno/post-géneros capaces de contener todas las identificaciones imaginarias posibles. El género, devenido en géneros, se ha convertido en un paraguas omni-inclusivo que todo lo abarca: identidades de género, expresiones de género, diversidad de género, disidencias de género, autodeterminación de género, disforia de género, así como también con violencia de género o violencias basadas en el género, perspectiva de género, igualdad de género, desagregación por género, igualdad de género e igualdad de géneros, y últimamente también ministerios y programas de géneros. Lo paradójico del caso es que aquella categoría que nació con la intención de deconstruir estereotipos opresores a fin de liberar a mujeres y varones, ha terminado por abolir la realidad ontológico-política de ambos y esencializar en su lugar los estereotipos sexistas hegemónicos, libremente fragmentados y recombinados por las diversidades bio/cis/trans/tecno/post-genéricas. En el mismo sentido, la filosofía feminista que durante siglos pugnó por abolir las desigualdades estructurales entre los sexos, encuentra hoy que la desigualdad estructural se ha diluido en diversidad formal, y que ella misma se ha convertido en un epígrafe de innumerables micropolíticas identitarias interseccionadas por género, clase, raza, nacionalidad, etnia, edad, residencia, orientación sexual, religión, ocupación, peso, altura, filiación, hándicap, capacidades cognitivas, verbales, auditivas, visuales, ambulatorias, físicas de todo tipo++.

Parafraseando a una célebre pensadora feminista, cuando se conceptualiza mal, se politiza peor. El presente artículo propone analizar por qué la mala conceptualización del género termina hoy defendiendo y sosteniendo como derecho individual los mismos privilegios que buscó eliminar como estructuras socio-políticas. Nuestro análisis será fundamentalmente ontológico-político, respecto de lo cual tomaremos como marco de referencia algunos lineamientos de los nuevos realismos y materialismos del siglo XXI en su discusión con el constructivismo nominalista posmoderno. En última instancia, apuntaremos a un realismo material de la diferencia sexual como soporte conceptual del feminismo y su praxis política, presente y futura. Valga aclarar que no es nuestro objetivo delimitar diferentes líneas teóricas feministas o post-feministas según el uso que hagan o no de la categoría de género. Nuestro objetivo es más bien analizar el género en su devenir conceptual y sus paradójicas consecuencias políticas.

2. Del dualismo sexo-género al monismo lingüisticista de los géneros

Desde la incorporación del género en la academia feminista a partir de la psicología clínica de John Money (Money, 1952; Stoller, 1968), pasando por el sistema sexo-género de Gayle Rubin (1975) y su conceptualización como elemento constitutivo de las relaciones jerárquicas entre los sexos (Scott, 1990, 44), hasta llegar a su institucionalización a cargo de la ONU en la IV Conferencia Mundial de Beijing (1995) o la Convención de Estambul (2011), a lo largo de ese recorrido el género se mantuvo en referencia extrínseca al sexo biológico. En el esquema sexo-género, el sexo funciona como condición material y *a priori* necesario –aunque no suficiente– de los roles, comportamientos o atributos de género. Este último surge así como relación extrínseca entre lo que sería un *factum* natural, inmediato e inmutable, y las configuraciones culturales, mudables y contingentes inscriptas en el marco del sistema patriarcal hegemónico. Así entendida, la categoría del género ha contribuido a visibilizar las complejas tecnologías de producción y reproducción de estereotipos sexistas, y su efectividad como patrones de comportamiento socio-político y subjetivo (De Lauretis, 1987).

Sin negar la utilidad instrumental del género en el interior de las ciencias sociales como elemento epistemológico de las mismas, lo cierto es que su extrapolación y disposición en el sistema sexo-género corre el riesgo de reeditar, desde el punto vista filosófico, el tradicional dualismo materia-forma, naturaleza-cultura, cuerpo-alma racional y discursiva, objeto-sujeto, etc. En un tal esquema excluyente, el sexo es asumido como el sustrato material mudo e indeterminado, pasivamente disponible a las configuraciones socio-discursiva que lo informan. Podríamos decir entonces que, al margen de la utilidad epistemológica del género en el interior de las ciencias sociales, la sistematización sexo-género como marco conceptual del pensamiento feminista es víc-

tima del mismo dualismo que pretende superar. A los efectos de evitar el fantasma del determinismo biologicista, se asumirá en su lugar un relativismo sociologista, manteniendo el mismo esquema dualista y excluyente.

La historia de la filosofía demuestra que, cuando se parte de simplificaciones dualistas, se tiende a resoluciones unilaterales y reduccionistas. El sistema sexo-género corrió justamente esa suerte. En la precaria yuxtaposición entre una naturaleza dada e inmutable, y una cultura puramente relativa y contingente, el género terminó por liberarse del sexo en el marco de un constructivismo socio-discursivo radical. El pasaje del dualismo sustancialista al monismo socio-lingüístico del género coincidió con la primacía del giro lingüístico y la posmodernidad anti-metafísica, los cuales sirvieron de soporte al nuevo pensamiento post-feminista. El género emergerá de este nuevo sustrato socio-discursivo como última categoría explicativa, emancipada de todo vínculo natural y convertido él mismo en la razón performativa de lo real. Veamos la cuestión con algún detenimiento.

Si bien no es el objetivo de estas páginas un análisis de la posmodernidad como corriente filosófica *per se*, valga la referencia a dos de sus grandes pilares. En primer lugar, la disolución de los grandes meta-relatos universales y el comienzo de las micro-ficciones situadas, puro simulacro sin original ni copia (Lyotard, 1979). En segundo lugar, la invención moderna de la sexualidad a partir de dispositivos de control y disciplinamiento social, productores ellos mismos de los sujetos sexuados (Foucault, 1976). Cuerpo, pulsión y sexualidad serán así resultado de complejas tecnologías político-discursivas. Judith Butler aplicará ambos postulados a la noción de género, de cuyo encuentro nacerá el post-feminismo.

A los efectos de superar el dualismo entre una naturaleza dada e inmutable, y un género cultural y contingente, Butler establecerá un monismo lingüístico según el cual el sexo siempre fue género, esto es, el sexo es constituido como el sustrato preexistente, pre-discursivo e inmediatamente dado en la misma acción socio-discursiva que lo produce como lo otro de sí misma (Butler, 1993; 1990). En palabras de Butler, “el género designa el verdadero aparato de producción en y por el cual los sexos son establecidos” (1990, 7). Nada hay más allá, ni más acá, ni fuera del discurso, nada que no sea reducible al aparato de producción socio-lingüístico: ese nuevo absoluto capaz de mediar a sí mismo en su propia alteridad discursiva. Cuerpos, materia, pulsión, sexos, sexualidades, inconsciente, conciencia, afectos, deseos, naturaleza etc. se convierten así en lo otro inmanente al aparato de producción perlocucionario, y reducibles a él en tanto que sus propias coagulaciones, materializaciones, efectos de superficie. Sobre el supuesto de que cuerpos, materia, pulsión, sexos y sexualidades son construcciones culturales contingentes, se asentará el post-feminismo hegemónico de las últimas décadas. Deconstruyamos el entramado de estos supuestos (Nicholson, 1992, 7-29).

En primer lugar, el nominalismo posmoderno supone la eliminación de la ontología o la filosofía sin más y su sustitución por los estudios culturales como explicación última de la realidad en su conjunto, que será entonces siempre y radicalmente realidad discursiva y social. Lo que el sociologismo entiende por ontología es una teoría de las esencias eternas e inmutables establecidas en el *topos uranos* de la perfección ideal como causas de todas las cosas, de su identidad simple e inmediata. En lugar de este tipo de mono-causalidad trascendente y eterna, el post-feminismo propone analizar la construcción y deconstrucción socio-discursiva de las cosas “sin filosofía” (Nicholson, 1992, 7-8), esto es, desde una posición anti-fundacionalista, antiesencialista y postmetafísica, confiada en los estudios culturales como última razón explicativa.

En segundo lugar, y dado que la *desontologización* radical de lo real sustituye la mono-causalidad de las esencias eternas por la mono-causalidad del discurso, en consecuencia, el eterno sexual será sustituido por la praxis lingüística. “Hombres y mujeres existen como normas sociales” (Butler, 2004, 210) inscritas en la superficie de los cuerpos. Los sexos se materializan por iteración discursiva y se desplazan a la subjetividad individual por una fantasía identificatoria. El sujeto individual y sexuado no es sino esta misma proyección imaginaria, una “función de un discurso decididamente público y social, la regulación pública de una fantasía a través de las políticas de superficie del cuerpo” (Nicholson, 1992, 90). A la hora de explicar con mayor precisión el *modus operandi* por el cual los significantes socio-discursivos producen un núcleo psíquico individual, Butler recurre a la idea –petición de principio mediante– de un desplazamiento materializante y subjetivante de naturaleza fantasmática o imaginaria.

Por la imaginación, la ficción social del sexo ad-viene núcleo psíquico individual de un cuerpo materializado y sexuado a partir de tales performances simbólico-imaginarias. Dado que las fantasías identificatorias no son sólo de género sino asimismo de clase, raza, nacionalidad, etnia, edad, residencia, orientación sexual, religión, ocupación, peso, altura, filiación, hándicap, capacidades cognitivas, verbales, auditivas, visuales, ambulatorias, físicas de todo tipo++, todas en intersección y mutua construcción, resulta que en rigor no existe una identidad individual, sino más bien una “(no)identidad cultural” (Nicholson, 1992, 76), hecha de significantes encadenados indefinidamente. En este sentido, el constructivismo posmoderno converge con el psicoanálisis posestructuralista del primer Jacques Lacan y su definición del sujeto como aquello que un significante representa en relación con otro significante (Lacan, 1965). No obstante, a diferencia de Lacan, Butler rechaza la idea de un núcleo inconsciente del yo, irreducible a la conciencia social que produce la no-identidad cultural.

En tercer lugar, podríamos inferir entonces que el sociologismo de los géneros se anuda en un psicologismo individual de carácter simbólico-imaginario, como el que Butler describe. Mientras que desde el punto de vista sociolingüístico el género es norma e ideal regulatorio, desde el punto de vista psico-subjetivo es una fanta-

sía, una imaginación inscrita que se inscribe en los cuerpos. Entendemos que aquí reside el punto clave para comprender la transmutación del género de categoría socio-cultural a identificación simbólica imaginaria, consistente con el desplazamiento desde *lingüístico* sociologista a un psicologismo de índole individualista.

La conclusión obligada es entonces la equiparación de las mujeres a una de las tantas identificaciones de género posibles, especificada por ser heteronorma del sistema simbólico hegemónico, medida comparativamente por la contraparte masculina. Pero los sujetos parlantes pueden libremente, por medio de sus identificaciones imaginarias, liberarse de ser mujeres o varones y proyectar otras identidades genéricas. Butler explica al respecto que continuar limitando los géneros a dos únicas alternativas –masculino y femenino– por mimesis residual con el sexo biológico no tiene ya ningún sentido (Butler, 1990, 6; Nicholson, 1992, 89). Si el sexo es producto de las relaciones significantes que median la proyección imaginaria de cada subjetividad individual, entonces son posibles tantos géneros cuantos sujetos parlantes y fantasías identificatorias logren emanciparse de la norma social. El género se desplaza así de la macro-narrativa heterosexual a la diseminación de micro-relatos cada vez más desmembrados, cuya verdad depende de su propia producción discursiva (Nicholson, 1992, 91).

En cuarto y último lugar, a la fragmentación transfinita que los micro-relatos psico-genéricos se suman las ficciones de otras tantas variables socio-culturales que interseccionan con el género. En efecto, su determinación jamás se da fuera o con independencia de otros tantos significantes de clase, etnicidad, raza, religión, edad, orientación sexual, ocupación, nacionalidad, estatus migratorio, peso, altura, salud, hándicap, capacidades cognitivas, verbales, auditivas, visuales, ambulatorias, físicas de todo tipo, familia, filiación+, también ellos libremente construibles y combinables. La intersección de significantes transfinitos autodeterminables y combinables hace entonces muy difícil especificar la construcción cultural del género respecto del resto de los constructos sociales. Cada individuo constituye en definitiva su propio género en la intersección de cadenas significantes indecidibles, y de aquí la irrefrenable pendiente posmoderna hacia una diseminación e indecidibilidad *in crescendo*.

En síntesis, el pasaje del dualismo sexo-género al monismo constructivista de los géneros simbólico-imaginarios desata un universo de sujetos discursivos emancipados de todo criterio normativo y habilitados a la producción de identidades sexo-genéricas *on demand*. El sociologismo de los géneros desemboca así en un psicologismo individualista y relativista, al cual habrá que sumarle la contribución del capitalismo tecno-científico.

3. La expansión tecno/fármaco/porno-genérica

Si con Butler el género se libera de la hetero-norma sexual, con Paul-B. Preciado los géneros descubrirán la infinitud de sus posibilidades tecno-fármaco-pornográficas en alianza con la *big pharma*, la *high tech* y la industria médica. En nuestra lectura, Preciado expresa la radicalización del constructivismo posmoderno en el sentido de la auto-experimentación, denominada por él auto cobaya, junto con el mercado experimental de los cuerpos. Él mismo describe su proyecto en estos términos:

Como feminista, parece urgente testar sobre el propio cuerpo los efectos farmacopornográficos de las así llamadas hormonas sexuales sintéticas. Precisamente, porque he crecido en el feminismo culturalista *queer* americano y me he convencido, con Foucault y Butler, de que la feminidad y la masculinidad son construcciones culturales, ficciones somáticas, *puedo* y en algún sentido *debo* experimentar con estas construcciones (Preciado, 2008, 277).

Preciado se propone entonces experimentar con las construcciones hegemónicas de lo femenino y masculino, de manera que los viejos estereotipos reingresan a la agenda postfeminista a modo de auto-experimentos tecno-producidos. En concreto, “con doscientos cincuenta gramos de testosterona inyectada cada doce días en mi cuerpo, la disidencia de género ha dejado de ser una teoría política para convertirse en una modalidad de encarnación” (Preciado, 2019, 165-66). Géneros libre e imaginariamente materializados y también, por qué no, razas, edades, especie, tallas, clases etc., autodeterminables.

La propuesta ya no consiste en eliminar los géneros como estructuras de opresión ni en reconocerlos como identidades subjetivas, sino además en reproducirlos como piezas experimentales, fragmentadas ellas mismas en micro-significantes post-genéricos. Si en el comienzo del falogocentrismo clásico era el Fallo como medida de todo sentido y valor, para Preciado en “el principio era el dildo” (2002, 20) como comienzo de un tecno-falogocentrismo imperante a fuerza de dildajes, testosterona sintética y parafilias contra-sexuales. Los tecno-géneros de Preciado suponen que el cuerpo es un texto socialmente construido (2002, 23) en virtud de la industria protésica, cibernética, sintética y fármaco-médica. Afirmar la constructibilidad radical de los cuerpos equivale a anunciar su fin y el inicio de los *somatecas* poscuerpo (Preciado, 2002, 20; Sáez, 2004, 149), quienes deberán armar, comprar o imprimir todas sus piezas. Con tales presupuestos, el neoliberalismo micro-globalizado se asegura el mercado de cuerpos, miembros, géneros, sexos y *hormonaciones* a la carta.

Si bien todos los géneros son verdaderos, ellos acreditan algunos criterios de diversificación según sea la relación sintáctica entre la fantasmática individual y la simbólica cultural hegemónica. Tenemos así géneros de tipo “cis”, “trans”, “bio” o “tecno”. Algunos de ellos mimetizan las auto-percepciones con las asignaciones del

régimen hetero-político hegemónico –son los géneros bio/cis–, otros desmimetizan autopercepciones y asignaciones culturales –son los tecno/trans–, no obstante, lo cual se auto-perciben en mimesis con el otro hetero-sexo no-asignado del régimen bio-político hegemónico. Otros géneros toman combinan ambos sexos –como los andróginos–, o fluyen entre ellos, niegan ambos o se declaran omni-inclusivos.

Hasta donde llega el último conteo del cual tenemos conocimiento, las opciones genéricas recogidas por los medios de comunicación masiva serían unas 71 (William, 2020). Repasémoslas rápidamente, excusándonos de algún que otro anglicismo imperialista que se nos cuele: agénero, andrógine, andrógino, andrógina, bigénero, cis, cis femenina, cis masculino, varón cis, mujer cis, cisgénero, cisgénero femenino, cisgénero masculino, cisgénero varón, cisgénero mujer, femenino a masculino, FTM, género fluido, género no-conforme, género cuestionado, género variable, género-queer, intersexual, masculino a femenino, MTF, ninguno, neutro, no binario, otro, pangénero, trans, trans femenina, trans masculino, varón trans, persona trans, trans*femenina, trans*masculina, trans*varón, trans*persona, trans*mujer, transexual, transexual femenina, transexual masculino, transexual varón, persona transexual, mujer transexual, transgénero femenino, persona transgénero, transmascuino, dos-espíritus, asexual, varón trans, varón transgénero, varón transexual, F2M, género neutro, hermafrodita, varón intersexual, persona intersexual, mujer intersexual, masculino a mujer transfemenina, mujer transgénero, femenina, varón, M2F, poligénero, t*varón, t*mujer, dos*personas, persona dos-espíritus, mujer. Valga destacar que tanto varón y mujer, como femenino y masculino están incluidas dentro de las 71 identidades de género disponibles, que son además *transfinitamente* combinables entre ellas. Por ejemplo, la combinatoria puede dar trans femenina género no-conforme, o género-queer dos-espíritus varón.

A cada uno de estos géneros corresponden además diversas elecciones de objeto sexual, que podrán ser homo-, hetero- o bi-, a-, tri- o poli-genéricas. Tomemos, por ejemplo, el caso del lesbianismo, cuya combinatoria puede dar, entre otras alternativas, mujeres lesbianas, translesbianas, lesbianas masculinas, lesbianas no-binarias, lesbianas femeninas, lesbianas trans*femenina, lesbiana cis femenina, lesbiana mujer cis, lesbiana cisgénero, lesbiana mujer intersexo, lesbiana t*mujer, y así sucesivamente. Esto sin contar las orientaciones sexuales parafilicas, por fin liberadas de la vieja normativa biopolítica. A saber, sado-masoquismo, fetichismo, fist-fucking, pedofilia, travestismo, contra-pornografía, voyerismo, exhibicionismo, coprofilia, coprofagia (Preciado, 2019, 94-95).

El proyecto de Preciado no se limita a la experimentación tecno-genérica individual, sino que contempla además una propuesta colectiva que él denomina “contra-sexual” (Preciado, 2002) y se basa en la sustitución de varones y mujeres por sujetos parlantes capaces de “tener pene y clítoris o ninguna de las dos cosas, o un tercer brazo en lugar de un pene, un clítoris en el medio del plexo solar o una oreja erotizada destinada al placer auditivo” (Preciado, 2019, 250). A fin de lograr la desaparición colectiva de mujeres y varones, él ha declarado recientemente que “la estrategia absoluta es la abolición de la diferencia sexual” (2019b). Esta estrategia ha sido recurrente en el marco de los estudios de género, surgidos justamente a fin de “eliminar la ‘diferencia sexual’ en la política” (Scott, 1996, 3). La novedad de Preciado consistiría en sacar las últimas consecuencias de este viejo proyecto emancipatorio. El *Manifiesto contrasexual* propone al respecto que:

Se borren las denominaciones masculino y femenino correspondientes a las categorías biológicas (varón/mujer, macho/hembra) del carnet de identidad, así como de todos los formularios administrativos y legales de carácter estatal. Los códigos de la masculinidad y de la feminidad se convierten en registros abiertos a disposición de los cuerpos parlantes en el marco de contratos consensuados temporales (Preciado, 2002, 29).

En un mundo de sujetos discursivos post cuerpo, masculinidad y feminidad deben circular socialmente como registros textuales de libre construcción. La propuesta colectiva de Preciado alimenta el programa jurídico-político enunciado por los Principios de Yogyakarta (2007, 2017), cuyo objetivo final consiste en “terminar con el registro de sexo y género de la persona en los documentos de identidad” (AA.VV., 2017, 9) por tratarse de una información irrelevante, carente de un propósito legítimo ante la ley e irracional. Se trataría en efecto de una idea regulatoria sesgada por la ideología hetero-normativa y discriminatoria de las diversidades corporales y psico-afectivas. La inscripción cultural de sexo debe entonces ser reemplazada por la inscripción de las “identidades de género” que Yogyakarta define como “la vivencia interna e individual del género tal como cada persona la siente profundamente” (AA.VV., 2007, 6). Los géneros profundamente sentidos se convierten así en la libre determinación de una subjetividad cuya autodeterminación imaginaria no conoce límite alguno, al menos para algunos sujetos parlantes respecto de algunas variables culturales.

Habida cuenta de que los derechos de las mujeres reconocidos por el marco jurídico nacional e internacional se basan en el sexo como característica protegida ante la ley, su destino es la reconversión en derechos de género para todos los géneros. La autodeterminación de géneros viene a erradicar y reparar el binarismo hetero-normativo inherente a la propia CEDAW y la profunda discriminación que esta Convención inflige sobre los varones, en especial sobre aquellos auto-percibidos bajo otros géneros (Rosenblum, 2011). La protección de la identidad de género pretende así superar la restringida protección del sexo y la consecuente agenda política de las mujeres. Espacios, derechos, actividades e instancias exclusivas de mujeres pasan a ser ahora espacios mixtos, inclusivos y diversos (Price, 2020). Lo paradójico del caso es que las desigualdades estructurales que la agenda feminista busca eliminar, son reafirmadas a título de deseo y elección individual.

Recapitulando, en la medida en que el feminismo hegemónico –léase, institucionalizado internacionalmente por la academia norteamericana y otras agencias de las Naciones Unidas– ató su suerte a la categoría de género como el *non plus ultra* del pensamiento feminista, el relativismo cultural era un destino anunciado por la propia inestabilidad del dualismo naturaleza dada, por un lado, cultura construida, por el otro. El punto de llegada de los géneros desemboca hoy en un transhumanismo post-sexual, donde cada uno es libre de escoger y administrar los géneros que desee. Para eso, claro está, la abolición de la diferencia sexual es *conditio sine qua non* y la estrategia es reducirla a una construcción cultural más de las *transfinitamente* posibles. Respecto del proyecto histórico del feminismo, las innovaciones bio/cis/trans/tecn/post-genéricas suponen su completa disolución. Cuando Preciado declara que “el sujeto del feminismo es el proyecto de transformación radical de la sociedad en su conjunto” (2019b), no alude con ella a la universalidad de los derechos humanos y sexuados de las mujeres, ni a la radicalidad del pensamiento feminista como proyecto transformador de las relaciones humanas en su conjunto, sino más bien a la fragmentación individualista del todo social en sujetos parlantes poscuerpo, cada uno de los cuales percibe y significa las cosas a voluntad.

A falta de una medida universal de verdad y justicia, o un contenido ético concreto, la posmodernidad tecno-pornográfica nos ofrece la diversidad formal, el consentimiento y la elección individual como último criterio de igualdad sustantiva. Mientras mantiene las viejas desigualdades estructurales esencializadas y fragmentadas en los géneros, la era fármaco-porn despliega innovadoras micropolíticas identitarias, promoviendo imaginarios y performances cada vez más fragmentados e interseccionados. Si en algún momento la consigna política fue que “lo personal es político”, nos encontramos hoy con que lo político es tan personal y lo personal, tan indecible, fluido y diseminado que es imposible representarlo.

En última instancia, la puesta en escena de este tipo de constructivismo relativista converge con las mutaciones del capital, sus fases de experimentación social y su continuo superar todo límite. Como concluye Daniel A. Sicerone, los tecno-géneros de Preciado patrocinados por la industria médica y fármaco-pornográfica son producto de los flujos del capital (Sicerone, 2020, 329-330). Uno de los rasgos específicos de este tipo de neoliberalismo transhumano respecto del liberalismo clásico es que ni siquiera subsiste el individuo como unidad social irreducible o primera minoría. Por el contrario, en la posmodernidad transgenerista, el individuo mismo ha sido pulverizado en cadenas identificatorias sin fin, que apenas sostienen de manera fugaz la proyección instantánea de alguna unidad imaginaria. El desmembramiento y la desafectación psico-somática de tales sujetos poscuerpo es funcional al nomadismo del mercado.

4. Otra narrativa –realista– es posible

Llegados a este punto, intentaremos en lo que sigue una crítica a la extrapolación sociologista del género a partir de lo que podríamos llamar –para caracterizar de algún modo nuestra perspectiva– un nuevo realismo material de la diferencia sexual. La categoría de género se ha convertido en un paraguas semántico que incluye todo lo políticamente correcto en un doble respecto, como aquello que se debe eliminar y a la vez reconocer. Cuando el género suple por estereotipos sexistas, violencia y desigualdades estructurales, supone aquello a erradicar. Por el contrario, cuando suple por modos profundos de subjetivación, supone aquello que debe ser reconocido y respetado. En el primer caso, varones y mujeres son irreducibles a las construcciones culturales que los condicionan; en el segundo, mujeres y varones son algunos de los tantos géneros posibles, a la vez que la norma con la cual se miden todos los demás en su libre combinatoria. Muy oportunas resultan al respecto las palabras de Markus Gabriel cuando explica que:

El constructivismo consiste en una serie de inconsistencias bien encubiertas. El constructivista modifica el significado de cada afirmación. Pero con ello también cambia la significación de sus propias afirmaciones, de modo que al final ya no podemos comunicarnos con el constructivista de forma corriente (Gabriel, 2019, 89).

En el fondo, y de manera encubierta, el constructivismo de los géneros parasita el sentido de la diferencia sexual con la cual continuamente se mide. Por una suerte de inevitable realismo, la inteligencia decodifica en el término “género” lo que la conciencia inmediata, sedimentada por una larga mediación histórica, codifica como diferencia sexual, y la utiliza como tácito criterio irreducible a lo cultural a fin de distinguir las construcciones de género de otras tantas construcciones culturales no genéricas. El entero sistema de significaciones cis/bio/trans/tecn/post-genéricas se articula encubiertamente en torno a la diferencia sexual. Como ya advirtió Slavoj Žižek:

La multiplicidad de posiciones de género (masculino, femenino, gay, lesbiano, bi-género, transgénero, etc etc.) circula por un antagonismo que los elude por siempre. Los gays son masculino, las lesbianas femeninas, los transsexuales realizan el pasaje de uno a otro, los travestis combinan ambos, los bi-géneros flotan entre los dos.... de cualquier manera, en que giremos, el dos se esconde debajo (2017, 137).

La operación de encubrimiento constructivista consiste en poner la diferencia sexual al mismo nivel cultural que cualquier otra percepción genérica, a la vez que mantenerla como medida irreducible de toda su com-

binatoria significativa. La gran falacia que sostiene el entero galimatías del/os género/s consiste en forzarnos a la falsa opción –de suyo dualista– entre un sustancialismo de esencias eternas e inmutables, y un constructivismo de identificaciones psico-sociales *on demand*; entre una naturaleza material determinista e inmutable, y una cultura radicalmente mudable y contingente. Lo que hay que decir al respecto es que ambas opciones son igualmente falsas, abstractas e unilaterales, porque lo real no es ni lo uno ni lo otro, sino la acción recíproca de ambos. La realidad es la mediación de múltiples términos y variables. En otras palabras, no existe el sexo dado inmediatamente ni el género radicalmente construido. Lo que existe es en todo caso la síntesis compleja de ambas fuerzas mutuamente activas. Esta mediación diferenciante es lo que la ontología feminista ha llamado “diferencia sexual” (Irigaray, 2019): compleja síntesis de fuerzas bio-psico-sociales y existenciales.

Desde el punto de vista de ese *continuum* medial que es la realidad, podríamos coincidir con Butler en que el sexo siempre fue género. En efecto, lo humano jamás es mera biología, ni la biología es nunca bruta y nuda naturaleza sino cultura ella misma, aunque tampoco meramente cultura. Aun coincidiendo parcialmente con Butler, su recaída en un reduccionismo socio-discursivo constituye en sí una falacia, consecuencia del dualismo implícito en la sustancialización del sistema sexo-género como relación extrínseca de dos instancias opuestas y excluyentes. En el mismo sentido, podríamos coincidir con Butler en que el lenguaje es mediación productora y la palabra, interfaz entre sujeto y objeto, pensamiento y cosa, de lo cual no se sigue la reducción de la segunda a la primera. La sustitución de una ontología relacional basada en la acción recíproca de sus elementos constitutivos por un *socio-lingüístico* unilateral y omni-productor carece de evidencia demostrativa, y más bien se aproxima bastante a aquel misticismo del Logos creador, devenido ahora logos androcéntrico.

La inteligibilidad, el sentido o significado de lo real –sea mental o verbalmente expresado– son irreducibles al significante que lo enuncia –mental o verbal, individual o social–. Este exceso de sentido abre la posibilidad de siempre nuevas conceptualizaciones. Autores neo-realista como Markus Gabriel o Karen Barad han respondido al *lingüístico* que la inteligibilidad pertenece a lo real con prioridad ontológica de que el sujeto parlante verbalice, imagine o represente una realidad de suyo irreducible a las performances discursivas del *parlêtre* (Barad, 2003, 819-21). Lo significado en cada caso no son los significantes, sino la realidad misma. Barad explica al respecto que esa inteligibilidad ontológica es de naturaleza material y de ella dependen las condiciones de existencia y verdad. Reducir los criterios de verdad a criterios de certeza subjetiva y verosimilitud, o forzar los múltiples campos a la última razón socio-política constituye una falacia antirrealista *indemostrada*, que de ser real eliminaría *eo ipso* toda posibilidad de comunicación y comunidad humana.

Butler tiene razón –y entendemos que allí reside la fuerza de su argumento– en afirmar con el Hegel de su tesis doctoral que lo real es mediación autorreflexiva y que, por lo tanto, lo inmediato es siempre puesto como efecto de la reflexión. Ahora bien, traducir la tesis de la mediación hegeliana a un constructivismo sociologista y psicologista de inspiración foucaultiana supone un salto argumental imprevisto. Butler tenía la oportunidad de superar dualismo sexo-género dando cuenta de la complejidad de lo real, de sus múltiples campos de sentido y fuerzas intractivas, ninguna de las cuales es reducible a la otra. Ella optó en cambio por un monismo culturalista de corte metafísico, cuya causa última es discursiva.

Tal como lo pone en evidencia el paradójico destino del/os género/s, el socio-lingüístico se resuelve por su propio peso en el psicologismo del viejo *esse = percipi*, reeditado en este caso bajo la forma de auto-percepciones bio/cis/trans/tecno/post-genéricas. No hay hechos sexuales, solo interpretaciones genéricas. La posverdad y posfalsedad de tal posición –esto es, la identificación de los criterios de verdad con los de certeza subjetiva– difícilmente podría evitar el desenlace de un solipsismo antisocial, a no ser por los supuestos realistas que en verdad parasita y encubre. Si el constructivismo posmoderno sacara en serio las conclusiones éticas y políticas de su individualismo psico-afectivo, el resultado inevitable sería es la ley del más fuerte (Ferraris, 2014, 3). Huelga precisa de quién se trata.

El constructivismo sociologista es en rigor una metafísica encubierta que pretende explicar toda la realidad por una mono-causalidad socio-discursiva de sesgo androcéntrico y reducir todo campo de sentido al discurso (bio) político. No hay ninguna evidencia que habilite reducir el discurso de las ciencias naturales, exactas, humanas o las certezas de la conciencia inmediata a la mono-causalidad socio-política. Por el contrario, la evidencia muestra que somos capaces de distinguir niveles y campos conceptuales correspondientes con diferentes niveles y campos de realidad. Lo real es de muchas maneras y por lo tanto se dice y explica de muchas maneras. Pretender instalar una meta-narrativa socio-política es de suyo totalitario. En este sentido, el generismo constituye una ideología o visión distorsionada y reduccionista profundamente autoritaria, con una clara finalidad económica, a saber, “la producción de la especie misma, de su alma y de su cuerpo, de sus deseos y afectos” (Preciado, 2008, 66).

Curiosamente, la ideología mono-causal sociologista objeta a la ontología una supuesta mono-causalidad, fundacionalista y esencialista (Nicholson, 1992, 17), haciendo pasar por toda ontología el dualismo metafísico que ella misma presupone. Si bien no es este el lugar de extensas explicaciones ontológicas, vale al menos señalar con Catherine Malabou la futilidad de la falsa alternativa esencialismo vs. anti-esencialismo, basada en el completo desentendimiento filosófico de lo que el término esencia significa. En concreto, Malabou recuerda que especialmente en el pensamiento moderno y contemporáneo la esencia designa “la transformabilidad de los seres, jamás su estabilidad sustancial” (Malabou, 2011, 136). La autora se refiere en concreto a la concepción de la esencia como la negatividad reflexiva del ser, en lugar de su identidad simple, positiva e inmediata.

En líneas generales, podríamos decir que tal concepción de la esencia es lo que propiamente superó el fundacionalismo trascendente de la Causa Primera, poniendo en el lugar de la positividad inmediata de la sustancia auto-idéntica la negatividad inmanente del devenir efectivo.

Dado que la sociología no hace ni tiene por qué hacer ontología, es comprensible que sus representantes ignoren conceptualizaciones tales como las que Malabou nos recuerda. Lo que resulta en cambio incomprensible es la pretensión de hacer pasar por ontológico el sentido vulgar de “esencia” o “universalidad”, como si estas categorías significaran para la ontología lo mismo que significan para la sociología, a saber, una sumatoria cuantitativa de propiedades empíricas o alguna generalización abstracta o representación intelectual. Cuando la ontología, que las autoras posmodernas critican, habla de esencia o universalidad esencial, no alude a propiedades empíricas, cuantificaciones estadísticas o generalizaciones comparativas. Eso lo analiza la sociología. La ontología se refiere más bien al dinamismo constitutivo de todas las cosas, dialéctico y medial, múltiple y diverso. Los ejemplos abundan. Desde Irigaray y su fluida esencia femenina hasta el esencialismo débil de Markus Gabriel o la plasticidad del concepto mínimo de mujer de Malabou, para mencionar solo algunos. Por el contrario, cuando la sociología intenta ser filosofía y la filosofía feminista es sustituida por estudios culturales, el resultado inevitable es la eliminación ontológica de varones y mujeres, la reificación de los estereotipos de género y la emergencia de sujetos parlantes poscuerpo, en el contexto de un relativismo cultural funcional al mercado.

Por cierto, a los efectos de evitar la pulverización identitaria absoluta y, por ende, la eliminación directa del sujeto político del feminismo, algunas sociólogas posmodernas como Nancy Fraiser, Linda Nicholson o Gayatri Spivak han recurrido al atajo de intentar sostener un universalismo empírico no-filosófico (Nicholson, 1992, 14-16), o bien algún esencialismo de tipo estratégico que habilitara ciertas propiedades comunes de carácter imaginario (Spivak, 1985, 175-187). Volvemos otra vez al punto, o bien ese supuesto universal empírico y esa supuesta esencia imaginaria tienen fuerza de realidad, en cuyo caso serán objeto de la ciencia que se ocupa de lo real en sus propios términos constitutivos, o bien la sumatoria de particularidades positivas y fantasías subjetivas no superará jamás la paródica proliferación de ficciones y contra-ficciones genéricas.

5. Sexo y género siempre fueron diferencia sexual

El dualismo sexo-género, sistematizado en los términos de una naturaleza necesaria inmediatamente dada y una cultura contingente que se inscribe sobre aquella de manera extrínseca, nunca existió, porque lo real es siempre y en todo caso mediación, acción recíproca o síntesis de múltiples fuerzas. De aquí que la ontología feminista –en especial la de aquellas autoras que han elaborado la compleja, medial y material noción de diferencia sexual– hayan objetado desde el inicio la extrapolación del género, la sociologización del pensamiento feminista y la invisibilización de las mujeres detrás de la neutralización discursiva del/os género/s. La sustitución “mujer” por “género” fue claramente leída por muchas –entre ellas Luce Irigaray, Luisa Muraro, Elizabeth Grosz, Rosi Braidotti, etc.– como la última maniobra del patriarcado por negar a las mujeres, confundir sus reclamos y debilitar su fuerza emancipatoria debajo de un paraguas genérico que hoy legitima todas las opciones identitarias posibles basadas en los estereotipos sexistas (Binetti, 2018, 56-65).

Inequívoca resulta al respecto la crítica de los nuevos y no tan nuevos materialismos, para los cuales ni la materia ni los cuerpos sexuados son pasivos receptáculos donde se inscriben los significantes psico-sociales de género. Moira Gatens (1996, 3-45) ha sido contundente a la hora de calificar como un “presupuesto irracional” (Gatens, 1996, 4) la reducción de cuerpo y psiquis a una *tabulae rasae*, dispuesta a ser escritas por la cultura mediante la interiorización de significantes sociales por un sujeto que esa misma interiorización produciría. La autora explica que se trata en rigor de un presupuesto racionalista y decisionista, convencido de poder determinar a voluntad la experiencia personal, histórica y cultural. En el fondo, y como ya hemos deslizado, el constructivismo de los géneros sustituye el mito de la Razón Divina, cuyo pensamiento infinito es *eo ipso* acción fabricadora, por el androcentrismo de un sujeto perlocucionario cuya alma inmaterial da forma y significación a la muda materia. Se trata en el fondo de una misma narrativa *fallogocéntrica* en la doble versión ya divina ya humana. Al modelo del sujeto perlocucionario, materializado por desplazamientos imaginarios de la simbólica de lo social, Gatens la aprehensión inmediata del propio cuerpo sexuado como fundamento de toda subjetividad, intencionalidad y creación. En otros términos, Gatens enuncia el principio de la unidad psicodinámica mediante la categoría de un “cuerpo imaginario”, cuyas auto-percepciones emergen en continuidad con la inteligibilidad material que lo anima.

En sintonía con Gatens, los nuevos materialismos sostienen que la materia es en sí y por sí energía autopoietica, morfogénesis activa que no tiene necesidad de ser determinada por una forma generadora (Dolphijn y van der Tuin, 2012, 33; también Alaimo y Hekman, 2008; Coole y Frost, 2010). Lejos del dualismo sustancialista entre un recipiente material pasivo, indeterminado y mudo, y una acción performativa actual y determinante –vale decir, entre cuerpo y lenguaje, naturaleza y cultura– los nuevos materialismos sostienen paradigmas mediales de acción recíproca, en estricta continuidad e intra-acción material e inmaterial, humana y no humana, natural y cultural. La propuesta de modelos complejos y no lineales, compuestos por agencias múltiples y heterogéneas ensambladas dinámicamente constituye la efectiva superación del mito de la creación cultural

ex-nihilo, junto con la ficción del determinismo natural. A estos modelos complejos y plásticos obedecen los conceptos, por ejemplo, de “historia profunda” (Wilson, 1996; Lord Smail, 2008) o “co-evolución” sinérgica de fuerzas orgánicas, medioambientales y culturales, según los cuales tanto los procesos biológicos o naturales son históricos y abiertos, como los culturales reproducen patrones naturales o expresan determinaciones y objetivos de la naturaleza (Malabou, 2008, 2). Pretender establecer una línea de oposición rígida y clara es efecto del dualismo. La cultura no está fuera del cuerpo sino en el cuerpo mismo, en su memoria genética, sus redes neuronales y su despliegue evolutivo. Tampoco la naturaleza está afuera sino en la cultura misma como el propio reconocimiento y expansión de sus potencialidades immanentes. Desde este punto de vista, la unilateralidad del género extrapolada y elevada a razón omniexplicativa constituye una abstracción disfuncional de cuño androcéntrico.

A la sazón, varios autores provenientes de las ciencias naturales y en especial de las neuro-ciencias han cuestionado desde sus propias disciplinas el valor epistémico del sistema sexo-género, dada la imposibilidad de separar la profunda imbricación y co-evolución socio-biológica. Presumir que el género sea resultado de las relaciones sociales o que el sexo esté dado de antemano con independencia del entramado social en el es significado, supone desconocer la realidad humana (Jordan-Young, 2010, 18; Bluhm, Jacobson y Maibom, 2012, 4). Rebecca M. Jordan-Young va todavía más lejos y asegura que en realidad lo que John Money descubrió en su práctica clínica no fue el género como variable independiente de la biología, sino más bien la organización cerebral del sexo (Jordan-Young, 2010, 6-7). Recordemos al respecto que el intento de reconvertir a Bruce en Brenda Reimer terminó con el trágico suicidio de ambos hermanos, lo cual demuestra mejor la unidad psicosomática y la compleja imbricación de la sexuación humana que la extrínseca asignación sociocultural del género.

El sociologismo del/os género/s ignora la heterogénea y múltiple trama de elementos que componen diferencia sexual. Además de reducir la sexuación a una posición socio-cultural –normada o contra-normada, cis o trans, bio o tecno, etc.–, su incapacidad para superar el esencialismo abstracto le impide distinguir entre el binarismo sexual y el dualismo ideológico de los estereotipos sexistas. En efecto, que el sexo sea binario significa que su diferencia ontológica es funcional, vale decir, depende de la función reproductiva –que es a su vez una característica evolutiva– realizable, en lo que va de la evolución de la especie, con dos y solo dos sexos. Lo que define lo sexual remite entonces al dinamismo de la generación humana, producida por dos fuerzas activas. Los géneros, no obstante, entienden el binarismo sexual como la confrontación de dos representaciones opuestas, relacionadas entre sí como lo activo y lo pasivo, lo dotado y lo castrado, lo fuerte y lo débil, etc. Son estas representaciones las que las identidades de género diseminan y recombinan.

Lejos del dualismo genérico, las últimas investigaciones científicas nos hablan de un dimorfismo sexual mucho más diverso, diseminado, dinámico y reticular que lo que la ideología genérica supone (Wilson, 2004, 58-59; Richardson, 2013, 197 ss.). Entre los sexos hay tantas diferencias como semejanzas y continuidades como diferencias. De ahí la metáfora del mosaico usada hoy para describir la multiplicidad de diferencias sexuales entre los sexos. Lo dualista, estático y determinista son las representaciones culturales de género, no la diferencia sexual. Ésta reúne heterogéneos elementos bio-psico-sociales y existenciales en permanente diferir y transposición. Mujeres y varones somos múltiples, diversos, imprevisibles, porque la propia naturaleza habilita nuestra plasticidad esencial.

Los cuerpos no se sexualizan desde afuera por una suerte de advenimiento *ex-nihilo* perlocucionario, se sexualizan desde adentro en razón de una materia activamente sexuada, cuya inteligibilidad y sentido excede toda representación o discurso. Los sistemas normativos, las cadenas significantes o las identificaciones conscientes son irreducibles a la realidad que la diferencia sexual afirma en su compleja síntesis consciente e inconsciente. Sobre esta realidad irreductible a los esquemas de género se ha pronunciado también el psicoanálisis, el cual rechaza igualmente el carácter meramente exógeno de la sexuación humana (Copjec, 2006; Žižek, 2017; Zupančič, 2017).

A la simplificación culturalista, el psicoanálisis opone la complejidad consciente e inconsciente, material e inmaterial, relacional y endógena de la estructuración psíquica, su despliegue evolutivo y su historia personal, que no se resuelve ni se mide por el mero ajuste –cis– o desajuste –trans– a las asignaciones extrínsecas de los géneros, sino que se constituye en la compleja experiencia del propio cuerpo sexuado como real irreductible. En el caso de la así llamada Escuela de Liubliana, convocada en torno al pensamiento de Slavoj Žižek, la diferencia sexual es conceptualizada como diferencia ontológica radical, no en el sentido dualista del sustancialismo o el discursivismo, sino en el sentido realista de un auto diferir reflexivo, múltiple y creador.

Tal es, en última instancia, el sentido que a partir de Luce Irigaray ha tenido la diferencia sexual como diferencia ontológica en sí y por sí: lugar de origen, deseo y transformación cultural. La gran empresa del feminismo no es la categoría socio-cultural del género, sino el concepto de diferencia sexual como mediación efectiva. Siguiendo a Eve Kosofsky Sedgwick, podríamos decir que “la creación de un espacio entre algo llamado sexo y algo llamado género ha sido una de las empresas más influyentes y exitosas del pensamiento feminista” (1998, 41). Ese entre de unidad y separación es la diferencia, cuyo exceso abre el espacio para la transformación cultural. Feminismo, ontología, psicoanálisis, ciencias y sentido común coinciden en afirmar la irreductibilidad de la diferencia sexual a los estereotipos o auto-percepciones de género. Para cualquiera de

estos campos de sentido, la diferencia sexual funciona como condición necesaria, origen y sentido inmanente de la existencia individual y social. Un origen y sentido que, valga la redundancia, solo subsiste en su diferir esencial.

Mientras tanto, el esencialismo *socio-lingüístico* de los géneros insiste en identificar el binarismo funcional de los sexos con el dualismo ideológico de sus propios supuestos constructivistas. En la medida en que el sujeto sexuado es producto de los dispositivos de poder, el monismo culturalista no deja margen para la transformación personal y social. La consecuencia política de este equívoco es reeditar y recombinar los viejos estereotipos, inhabilitar el cambio profundo de varones y mujeres, y propagar una diversidad formal puramente reactiva y reaccionaria. En cuanto a la *desontologización* de las mujeres y su homologación con una de las tantas identidades de género imaginables, no encontramos aquí –siguiendo a Malabou– con una torsión más en esa larga historia de sometimiento sufrida, “violencia teórica” (Malabou, 2011, v, 99), en este caso, que busca perpetuar la explotación sexual y reproductiva de las mujeres.

6. Para concluir

También en filosofía, como en cualquier empresa humana, somos dueñas del comienzo y responsables de las consecuencias. La categoría de género, establecida con la buena intención visibilizar y deconstruir las relaciones de poder que oprimen a las mujeres, no resistió al dualismo ontológico, ni a la tentación omni-explicativa del monismo *lingüístico*, ni al sueño androcéntrico de construir y deconstruir todas las cosas. Hoy el/los bio/cis/trans/tecno/post-género/s significan todo y también lo contrario. De este modo tenemos políticas de igualdad de género, información desagregada por género/s, violencia de género y violencias basadas en el género, diversidades, identidades y libres expresiones de género/s, programas de género y de géneros. El problema es que cuando un concepto lo incluye todo, no significa nada. Y cuando los conceptos que deben ordenar las políticas públicas no significan nada, lo que queda es la ley del más fuerte, el financiamiento millonario de la industria fármaco-pornográfica y el lobby mejor sponsorado.

Nuevos realismos y materialismos, giro ontológico y retorno de la especulación nos dicen hoy que conceptual y políticamente el modelo constructivista se ha agotado junto con el relativismo posmoderno que le dio origen. En el terreno del pensamiento feminista, es urgente desarrollar “robustas alternativas” teóricas (Dolphijn y van der Tuin, 2012, 25) que nos despierten del sueño dogmático de las posverdades y el mito del logos humano creador, y nos traigan de vuelta a la fuerza inmanente de ese real que somos las mujeres.

Referencias Bibliográficas

- Alaimo, Stacy & Hekman, Susan (Eds), (2008). *Material Feminisms*. Bloomington, USA: Indiana University Press.
- AA.VV. (2007). *Principios de Yogyakarta Principles*. Disponible en http://yogyakartaprinciples.org/wp-content/uploads/2016/08/principles_sp.pdf (consultado el 4 de febrero de 2021).
- AA.VV. (2017). *The Yogyakarta Principles Plus 10*. Disponible en: https://yogyakartaprinciples.org/wp-content/uploads/2017/11/A5_yogyakartaWEB-2.pdf (consultado el 10 de diciembre de 2020).
- Barad, Karen (2003). Posthumanist Performativity: Toward an Understanding of How Matter Comes to Matter. *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 28(3), 801-831.
- Bluhm, Robyn, Maibom, Heid Lene y Japp Jacobson, Anne (2012). *Neurofeminism. Issues at the Intersection of Feminist Theory and Cognitive Sciences*. New York, USA: Palgrave Macmillan.
- Butler, Judith (2004). *Undoing Gender*. New York, USA: Routledge.
- Butler, Judith (1993). *Bodies that Matter. On the discursive Limits of “Sex”*. New York, USA: Routledge.
- Butler, Judith (1990). *Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity*. New York, USA: Routledge.
- Coole, Diana, y Frost, Samantha (2010). *New Materialisms: Ontology, Agency, and Politics*. Durham & London, UK: Duke University Press.
- Copjec, Joan (2006). *El sexo y la eutanasia de la razón. Ensayos sobre el amor y la diferencia*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- de Lauretis, Teresa (1987). *Technologies of Gender: Essays on Theory, Film, and Fiction*. Bloomington & Indianapolis, USA: Indiana University Press.
- Dolphijn, Rick y van der Tuin, Iris (2012). *New Materialism: Interviews & Cartographies*. Lexington, UK: Open Humanities Press.
- Ferraris, Maurizio (2014). *Manifiesto of New Realism*. Albany, USA: SUNY Press.
- Foucault, Michel (1976). *Histoire de la sexualité. I. La volonté de savoir*. Paris, France: Éditions Gallimard.
- Gabriel, Markus (2019). *El sentido del pensamiento*. Buenos Aires, Argentina: Pasado y presente.
- Gatens, Moira (1996). *Imaginary Bodies: Ethics, Power and Corporeality*. London, UK: Routledge.
- Irigaray, Luce (2019). *Espéculo de la otra mujer*. Buenos Aires, Argentina: Akal.
- Jordan-Young, Rebecca M. (2010). *Brain Storm. The Flaws in the Science of Sex Differences*. Cambridge & London, UK: Harvard University Press.
- Kosofsky Sedgwick, E. (1998). *Epistemología del armario*. Barcelona, España: Ediciones de la Tempestad.
- Lacan, Jacques (1964-1965). *El seminario de Jacques Lacan. Libro 12. Problemas cruciales del psicoanálisis*. Disponible en <http://www.bibliopsi.org/docs/lacan/15%20Seminario%202012.pdf> (consultado el 4 de febrero de 2021).

- Lord Smail, Daniel (2008). *On Deep History and the Brain*. Berkeley, USA: University of California Press.
- Lytard, Jean-François (1979). *La condition postmoderne: rapport sur le savoir*. Paris, France: Éditions de Minuit.
- Malabou, Catherine (2011). *Changing Difference. The Feminine and the Question of Philosophy*. Cambridge, USA: Polity Press.
- Malabou, Catherine (2008). *What Should We Do with Our Brain?* New York, USA: Fordham University Press.
- Money, John (1952). *Hermaphroditism: An Inquiry into the Nature of a Human Paradox*. Cambridge, USA: Harvard University.
- Nicholson, Linda (Ed.), (1992). *Feminismo/posmodernismo*. Buenos Aires, Argentina: Feminaria.
- Preciado, Beatriz-Paul (2019a). *Un apartamento en Urano. Crónicas del cruce*. Barcelona, España: Anagrama.
- Preciado, Beatriz-Paul (2019b). *El sujeto del feminismo es el Proyecto de transformación radical de la sociedad en su conjunto*. Disponible en: https://www.eldiario.es/sociedad/Entrevista—Paul—Preciado_0_951555075.html (consultado EL 4 de marzo de 2021).
- Preciado, Beatriz-Paul (2008). *Testo Yonqui*. Madrid, España: Espasa Calpe.
- Preciado, Beatriz-Paul (2002). *Manifiesto contrasexual. Prácticas subversivas de identidad sexual*. Madrid, España: Ópera Prima.
- Price, Christen (2020). Women's Spaces, Women's Rights: Feminism and the Transgender Rights Movement. *Marquette Law Review* 103/4, 1509-1564. Disponible en https://scholarship.law.marquette.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=5461&context=mulr&fbclid=IwAR0AfEqY3xxWgaeySPxW9k6-B787XCHJfm7TkkZOqZyJpxdaAXTkOoQ6T_U
- Richardson, Sara S. (2013). *Sex Itself. The Search for Male & Female in the Human Genome*. Chicago & London, USA & UK: University of Chicago Press.
- Rosenblum, Darren (2011). Unsex CEDAW, or What's Wrong with Women's Rights. *Digitalcommons@pace*. Disponible en <https://digitalcommons.pace.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1807&context=lawfaculty> (consultado el 4 de marzo de 2021).
- Rubin, Gayle (1975). The Traffic in Women. Notes on the Political Economy of Sex. En Rayna R. Reiter (Ed.): *Toward an Anthropology of Women* (pp. 157-210). New York & London, USA & UK: Montly Review Press.
- Sáez, Javier (2004). *Teoría Queer y psicoanálisis*. Madrid, España: Editorial Síntesis.
- Scott, Joan Wallach (1996). *Only Paradoxes to Offer: French Feminists and the Rights of Man*. Cambridge, USA: Harvard University Press.
- Scott, Joan Wallach (1990). El género: una categoría útil para el análisis histórico. En Mary Nash y James Amelang (Eds.). *Género e historia: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea* (pp. 23-58). Valencia, España: Alfons el Magnanim.
- Sicerone, Daniel A. (2020). Diálogo entre la teoría de género y la diferencia sexual a partir de la incompletitud ontológica. *Eidos*, 32, 309-334. DOI: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7232928>
- Spivak, Gyatri (1985). Feminism, Criticism and the Institution. *Thesis Eleven*, 10(11), 175-187. DOI: <https://journals.sagepub.com/doi/abs/10.1177/072551368501000113>
- Stoller, Robert (1968). *Sex and Gender: On the Development of Masculinity and Femininity*. New York, USA: Science House.
- William, Rhiannon (2020). Facebook's 71gender-options come to UK. *The Telegraph*. Disponible en: <https://www.telegraph.co.uk/technology/facebook/10930654/Facebooks-71-gender-options-come-to-UK-users.html> (consultado el 4 de marzo de 2021).
- Wilson, Edward O. (1996). *In Search of Nature*. Washington, USA: Island Press.
- Wilson, Elizabeth A. (2004). *Psychosomatic. Feminism and the Neurological Body*. Durham & London, UK: Duke University Press.
- Žižek, Slavoj (2017). *Incontinence of the Void. Economico-Philosophical Spandrels*. Cambridge & London, USA & UK: The MIT Press.
- Zupančič, Alenka (2017). *What is Sex?* Cambridge & London, USA & UK: MIT Press.